

Patria inexacta

En el asilo de ancianos, la antigua bella contemplaba su amarillenta fotografía y sonreía con satisfacción al arreglarse sus encanecidos cabellos, su viejo retrato era el sustituto ideal del espejo que le revelaría que ya no era la honrada reina de belleza que antaño fue.

Algo así le ocurre a nuestra pobre patria, prefiere revivir con trompetas y tambores aquella gesta gloriosa del pasado para no contemplar en el espejo de la historia que ya no es la joven libre e independiente del ayer, aquella que saludaron nuestros ancestros "orgullosos de hijos suyos poderse llamar".

Si su locura fuese tan sólo fruto de la senilidad como la antigua bella, pues no tendría caso siquiera el destacar un hecho tan trivial y vacío. Pero ocurre que entre nosotros la gesta independentista es tan sólo el antifaz que esconde una cruda realidad: la pérdida de nuestra independencia.

Mucho se habla de nacionalismo, de patria, de independencia, porque al hacerlo se ideologiza la realidad, se mistifica la historia, se mira al ayer para no mirar al presente.

Para quienes detentan el poder político y para quienes tienen el poder económico no les resulta oprobiosa la realidad de hoy, porque se benefician de ella, es más, han logrado sobrevivir gracias a ella. De allí, que todos a una, se encarguen de celebrar con mayor júbilo nuestra independencia cuanto mayor sea la dependencia. Es una forma efectiva de cegar al pueblo, de cederle ilusiones a falta de realidades.

Es realmente patético observar a los adultos contemplar extasiados a los niños y a los jóvenes, mientras desfilan con sus uniformes limpios y sus bandas de guerra multicolores y ruidosas, con su correspondiente *cachiporrista*, la cual no es más que un leve descuido, ya que a través de ella se le sale la cola a la dependencia.

Pero lo más irónico de nuestras celebraciones patrias es que las empresas transnacionales, que las empresas norteamericanas, nos congratulan por nuestra independencia, mientras ninguna decisión política puede ser tomada por ningún gobierno si no es con el beneplácito de la Embajada.

Lo que les importa a los políticos, solamente políticos, es lo que piensa la Embajada. Y se habla de ella sin apellido, porque todo el mundo sabe cuál embajada es. Ella, como encarnación del suprapoder decide sobre vidas y haciendas, como diría mi abuela, en ésta nuestra triste patria que celebra su independencia cada 15 de septiembre. Mientras el capital comercial, apátrida como todo capital, habla de ofertas de independencia, de precios de independencia, a la par que adorna sus anuncios con dos franjas azules: un símbolo de la patria.

Adicionalmente, la corporación televisiva salvadoreña nos transmite el mayor desfile de la patria, auxiliada de un militar que nos explica los símbolos patrios. Pareciera que la patria es cosa de militares, que los militares son los garantes de la patria, sus más fieles defensores, los guardianes de la tradición independentista, como si acaso los

militares alguna vez, se hubiesen ocupado de nuestra independencia en el pasado o en el presente.

En el pasado, ya lejano y muerto, pero resucitado año tras año con fines puramente alienantes, quienes conspiraron, quienes se arriesgaron, quienes entregaron la vida fueron algunos selectos, ilustres y brillantes sacerdotes como los que en el presente asesinan los militares.

Patria mía, ya no mires tu vieja fotografía, mírate cual eres, tal vez, entonces, tus hijos enchidos de patriotismo auténtico, de nacionalismo real, se animen a conquistar tu segunda juventud y, entonces, ojalá que entonces haya un día para ti, sin bandas de guerra, ni paradas militares, porque entonces cultivaremos la paz, porque habremos conocido los males de la guerra. El día de la patria será un día de reflexión, de balances, de proyectos, de vida y no de muerte. Se mirará al futuro y no al pasado y se hablará de la historia honestamente, sin hipocresía.

Para mientras, patria nuestra, cuídate de los azules que te usaron, de los verdes que te hipotecaron y de los nacionalistas que ahora te venden. Desconfía de los colores, de los chauvinistas y de tus guardianes que con sus armas han derramado la sangre de tus hijos. Pero no te preocupes, confía y espera, más temprano que tarde peinarás dignidad, en vez de canas, mirándote al espejo.

Yo sé que estás doliente, avergonzada, y hasta



frustrada, pero recuerda que como madre que eres, si ya pariste de todo, en tu vientre llevas la mejor semilla, confía y espera, ellos no te defraudarán tienen por padre al dolor, al llanto, al hambre, al desempleo, y sobre todas las cosas, al amor.

A. M.